

Memoria de Amigos

En los cincuenta años de los *Amigos de Buenafuente* (1973-2023)

Buenas noches a todos. D. Atilano, querido Ángel, queridos amigos:

Hoy es un día de emociones. Vamos de emoción tras emoción. Yo ya he llorado un par de veces. Estaba pensando cuántas veces me he sentado en esta sala, escuchándote a ti, Ángel, y hoy estoy aquí, frente a vosotros, con la responsabilidad de hacer una “Memoria de Amigos”, en este quincuagésimo aniversario de los *Amigos de Buenafuente*.

Mientras os estabais sentando, he intentado abstraerme y he pedido al Espíritu Santo que me iluminara para poder transmitir os la enorme emoción que siento por estar hoy aquí.

Hace unos meses, creo que fue en el mes de junio, Ángel me comentó que había propuesto a los miembros de la fundación que yo dijera hoy estas palabras, y que la fundación lo había aceptado. Además de darle las gracias por su confianza, le comenté que, curiosamente, yo ya llevaba meses escribiendo sobre los *Amigos* porque sentía la necesidad de hacerlo. Nunca pienso que voy a escribir sobre algo, simplemente las palabras me vienen a la cabeza y tengo que coger lápiz y papel porque si no las escribo, las olvido. Y durante esos meses sentía la necesidad de dar forma a todos los sentimientos que sentía al pensar en los cincuenta años de los *Amigos*; emoción, agradecimiento, nostalgia, recuerdos imborrables, camino de fe andado... muchas emociones.

“Memoria de Amigos” es un título precioso, que no es mío, es de Ángel. No puede ser más explícito, porque desde ayer estamos recordando y reconociendo a esos primeros amigos que llegaron a Buenafuente, a los que sucedieron los

segundos y los terceros, y así hasta el día de hoy. Todo aniversario tiene un por qué, una historia, un recorrido vital, y esa historia precede al presente y forma parte de él. Conocer la historia pasada nos ayuda a entender nuestro presente y a proyectar un futuro mejor. La memoria es el tesoro que almacena nuestros recuerdos y nos permite revivir aquello que formó parte de nosotros. Y cincuenta años de *Amigos* es uno de los tesoros que guarda este lugar. Yo no vivo aquí, pero desde mi experiencia de 42 años viniendo, he sido testigo de una realidad histórica providente, que no es inventada. Es una realidad en torno a un hecho religioso, que es la presencia de Dios en este lugar.

Queridos amigos, ¡Hoy estamos de celebración!, ¡Muchas felicidades a todos! Es momento de alabanza y de dar gloria a Dios. Cumplir cincuenta años de algo es un hito que siempre hay que celebrar. Si llegamos a los cincuenta años de vida, probablemente hayamos pasado el ecuador de nuestra existencia. Podemos celebrar cincuenta años de matrimonio, de vocación sacerdotal, de proyectos individuales o colectivos, y como hoy, cincuenta años de amistad en Buenafuente. Hoy está siendo un día de compartir emociones desde lo más profundo del corazón. Lo hemos comprobado esta tarde en la románica.

Para mí, lo más difícil de tejer esta “Memoria de Amigos” ha sido el principio, por dónde empezar. ¿Hablar sin más de los amigos? ¿Trazar una cronología nombrando a algunos y dejándome a otros muchos? Y pensando sobre esto, imaginé un altar, una mesa de eucaristía como centro de la vida en Buenafuente. Y me imaginé esa mesa sostenida por cuatro patas, sin las cuales, no sería posible mantenerla en pie. Basta que una de las patas fallara para que ese altar se tambaleara, para que no hubiera sido posible ese sucederse los días y las historias entrelazadas. Tomando a Dios como centro de la vida en este lugar, pensé en la comunidad de monjas del Císter, en la historia providente de Ángel, en el recorrido de los cincuenta años de los *Amigos* y en esos *Amigos* que, por vocación, por opción de vida o por trabajo, viven aquí y dan soporte y ayuda logística para que todo funcione.

La presencia orante en Buenafuente comenzó alrededor del año 1130. Como relata Ángela C. Ionescu en su precioso libro *No podemos Callar. Memoria de Buenafuente* (2013). Ed. PPC, “En plena reconquista llegaron unos Canónigos Regulares de San Agustín que procedían de Francia y construyeron la primera iglesia, aunque la tradición dice que ese lugar había sido propiedad de los templarios. Los canónigos edificaron su iglesia sobre una pequeña ermita que albergaba en su interior el manantial, y que había sido construida por el infante Don Alonso, en gratitud por haber sanado de sus males al beber de la fuente. Permanecieron hasta 1240. Y en 1245, el capítulo de la Orden del Císter aprobó la fundación del monasterio de monjas de Buenafuente. En 1246 llegaron desde Casbas, en Huesca, las monjas del Císter”.

Desde ese momento se suceden más de ocho siglos de historia ininterrumpida hasta hoy, con periodos de guerra, tiempos difíciles, tiempos de luz, en los que la fuente no dejó de manar y la presencia orante de las monjas permanece. No sé si habéis pensado alguna vez el privilegio que tenemos de sentirnos amigos y partícipes de una comunidad que lleva más de ochocientos años rezando, sostenida por la mano de Dios. ¿Os imaginas los millones de oraciones que ha habido en este lugar? ¿Cuántas oraciones anónimas de las monjas habrá habido? ¿Cuánto bien habrán hecho? Lo dejo como una reflexión. Somos unos privilegiados.

Retomando la historia de las monjas, ya en el siglo XX, tras la guerra civil la situación en la comarca era de pobreza total, con escasez de alimentos y de medios, y las monjas no escaparon a esa situación; malvivían en vocación orante, subsistiendo sin ingresos fijos, autoabasteciéndose de su huerta y de unos cuantos animales que tenían.

Poco a poco los pueblos del entorno fueron quedándose vacíos, en un éxodo imparable hacia la ciudad, que perdura hoy, y Buenafuente también se adentró en el desierto humano. Sus gentes lo abandonan, las casas tienen grietas en las

paredes, los tejados abiertos, sin tejas, invitan a la intemperie, hay maleza por todas partes, puertas desvencijadas... huele a olvido y silencio del corazón, abandono, desnudez del alma, soledad no buscada, de las que duelen.

En esa situación tan precaria, a final de los años sesenta del siglo pasado, las monjas se plantearon, por primera vez en ocho siglos, abandonar el monasterio, estudiando diferentes opciones. La vida en Buenafuente es difícil, y el capellán destinado no dura más de un año, ya que la permanencia se hace absolutamente insoportable. Y en ese momento comienza la historia de Providencia. El 14 de septiembre de 1969, día de la Santa Cruz y fiesta en Buenafuente, Ángel Moreno Sancho es ordenado sacerdote y el 24 de septiembre es nombrado capellán y párroco de Buenafuente. Cuando él llegó había 11 monjas, de las cuales ya no queda ninguna. Ya no quedan testigos directos de su llegada. Más adelante llegó a haber 16 y a, día de hoy permanecen 5, además de una postulante. Recordamos a Madre Teresita, Madre Margarita, Madre Soledad, Madre María, sor Purificación, Sor Corazón, sor Bernarda, sor Trinidad, sor Carmen, sor Inmaculada, sor Peña, sor Esperanza, sor Lucía, sor Isabel, sor Verónica, sor Teresita, sor Montserrat, sor María Jesús, sor María Nela, sor Sole y sor Inmaculada.

Por tanto, la historia nos lleva al origen de por qué estamos aquí, por una Providencia que ha sostenido a una comunidad de mujeres sin cuya presencia Ángel no habría sido destinado a este lugar y los *Amigos de Buenafuente* no habríamos venido. Son mujeres que quieren permanecer, enraizadas en una vocación que da sentido a sus vidas, en la contemplación y la oración, en la escucha activa y el silencio sanador, entre los gruesos muros de un monasterio que atesora ochocientos años de historia vivida.

Ellas dan soporte a una humanidad errática que se aferra en ignorar lo íntimo, lo sagrado, la relación de uno mismo con Dios, con la creación perfecta, puesta en nuestras manos. Son bálsamo para los que recalán buscando ávidamente ese encuentro con lo profundo de la existencia, lo primigenio. Su oración silenciosa

por aquellos a los que no conocen y ni siquiera ponen rostro, es caricia reparadora que no tiene fronteras.

En un mundo en el que ser mayor no vale, permanecen acumulando años, achaques, enfermedades y un horizonte de vocaciones vacío, pero en manos de una Providencia a la que dejan hacer.

Bendita su oración, su sonrisa, su acogida amorosa, sus manos que dan alimento al cuerpo y al alma, su vocación, su existencia y su amor inagotable en la contemplación. Gracias, queridas hermanas.

La historia providente de Ángel en este lugar comienza cuando es ordenado sacerdote, a la edad de 24 años y gozando de juventud, ilusión, alegría e ímpetu. Pero nadie creía que permanecería más de un año en su nuevo destino. No acertaron, desde luego.

Releyendo por segunda vez el precioso libro de Ángel *Me parece soñar. Memorias de cincuenta años de ministerio en la Buena Fuente del Sistol* (2019). Ed. PPC, me ha sobrecogido aún más su relato de los primeros años de dureza extrema; su fortaleza mental para permanecer en ese lugar inhóspito y solitario, su valentía y clarividencia, su visión de futuro, rompiendo en ocasiones con lo establecido, su coraje, su confianza en Dios y su opción de consagrar su vida a las monjas, a las gentes de la comarca, y a los montes y sabinas del lugar. Gracias por todo ello, querido Ángel.

Con los parámetros de hoy, no es fácil tomar conciencia de qué se encontró Ángel a su llegada; se encontró pobreza, humedad, casas derruidas, sin agua corriente, sin calefacción, casi sin luz eléctrica, escasez de comida, de infraestructuras, aislado de los pequeños núcleos poblados en los inviernos más duros, sin árboles ni flores que alegraran la vista o cobijaran del abrasador sol del verano, y sobre todo se encontró frío, mucho, mucho frío y una aplastante e

indescriptible soledad. Pensemos en todo esto. Hace un rato D. Atilano, nos comentaba esos recuerdos de Ángel, de sus primeros años.

En los inviernos más crudos de entonces se podía llegar a más de veinte grados bajo cero y en la iglesia permanecía rezando o celebrando misa, de espaldas a las monjas, a seis bajo cero... la misma temperatura que había en su *casa* o que tenían las monjas en las celdas, que tenían los cristales de las ventanas rotos y por donde se colaba el viento como un cuchillo.

Ellas permanecían en clausura, detrás de las rejas y fuera solo vivían cuatro personas que más tarde abandonaron también Buenafuente; no había con quien hablar, día tras día, mes tras mes. Sólo la fe inquebrantable y la confianza en la voluntad de Dios pudieron permitir que Ángel no abandonara su destino tras el primer año, como habían hecho otros sacerdotes. Eso y la persona que fue clave en su decisión y en su vida; la señora Dolores, su madre. Ella fue madre dolorosa y sufriente, como la Virgen, y desde el primer momento acompañó a su hijo en un destino que humanamente no tenía explicación. Pero supo intuir con su amor de madre que su sitio era estar cerca de él, donde Dios le hubiera destinado. Era difícil entender cómo una vocación nueva, con ilusión y proyectos, estaba en un lugar que parecía destinado a desaparecer; el cierre del monasterio parecía la opción más inminente.

Madre e hijo lloraban en soledad; él desgastando zapatos por los montes, en austera soledad, con la pregunta en grito desgarrado, buscando respuestas a la luz de la luna, y ella cobijando las lágrimas de la vista de su hijo, tras un tazón de caldo caliente que preparaba para que él encontrara calor al volver, en la penumbra de la lumbre y en compañía de ratones y otros huéspedes menudos de la vivienda.

Y ese amor indescriptible hizo posible que ante todas las propuestas de nuevos destinos que podrían parecer más “apetecibles” para un sacerdote joven, recién ordenado, él renunciara y decidiera permanecer en Buenafuente. En

septiembre de 1970 Ángel decidió permanecer un año más y se lo comunicó a las monjas.

Una vez tomada la decisión y ante el riesgo de desaparición del monasterio, después de ocho siglos de existencia, Ángel sintió la necesidad de ofrecer al mundo lo que Buenafuente tenía: silencio, pobreza, naturaleza y oración. Era una apuesta arriesgada, valiente y absolutamente novedosa, que se encontraría con momentos muy difíciles y reticencias eclesiales, ya que nunca antes se había intentado “abrir al mundo” una comunidad de monjas contemplativas. Pero él tenía una intuición basada en su confianza en Dios y decidió abandonarse a su voluntad.

Emprendió una campaña de sensibilización en la prensa, estamentos sociales y amigos, una llamada de auxilio. La primera reseña apareció en el diario *Ya*, en diciembre de 1970, a la que seguirían reseñas en el *ABC*, *Nueva Alcarria*, *La Vanguardia*, *Informaciones*, *Ecclesia*, *Vida nueva*, *Vida religiosa* y *Arriba*, además de alguna mención en televisión. 1971 y 1972 fueron años en los que Ángel desarrolló una intensa actividad y escribió numerosas cartas a amigos y personalidades.

Tras varias propuestas de distintos estamentos al monasterio, que podrían parecer idóneas para que no se cerrara, en la Navidad de 1971 Ángel y la comunidad de once monjas decidieron permanecer definitivamente en Buenafuente, siguiendo su vocación de acogida de la Regla de San Benito. La decisión estaba tomada.

En 1972 acudieron los primeros grupos de religiosas, las Misioneras Cruzadas de la Iglesia y las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, para una tanda de ejercicios. Ese mismo año Ángel escribió la primera *Carta a los Amigos*, que actualmente se sigue enviando, y llegaron a Buenafuente, junto con algunos amigos, los sacerdotes Carlos Castro y Olegario González de Cardenal, dos figuras clave de los primeros *Amigos*.

Podemos decir que con llegada de Carlos y Olegario se formó el **primer grupo de *Amigos de Buenafuente***. En 1973 se celebró la primera Semana Santa, con cuarenta personas que llegaron de Madrid. Todo era precario, la pobreza era extrema. No había utensilios, enseres, ni infraestructura para recibir a nadie, pero los dones recibidos y la experiencia vivida alentaron a este grupo a permanecer junto a las monjas y su capellán. Las hermanas de Santa Ana llevaron los platos, vasos, cubiertos y cazuelas para poder comer. Semanas después se celebró la primera Pascua de Pentecostés y en 1974 la primera Vigilia de la Inmaculada.

El resurgir de los *Amigos* fue imparable. Desde ese momento cada uno ofreció sus dones para ayudar material y logísticamente al monasterio, cada uno en lo que podía aportar; realizar gestiones, aportaciones materiales, intelectuales, profesionales y siempre con el deseo de ayudar a la comunidad de monjas.

Tras este breve recorrido histórico sería imposible que hoy nombrara a todos los amigos que han pasado por aquí. En representación de todos sólo voy a citar a los primeros amigos, los que llegaron en los dos o tres primeros años, pero sentid que estáis todos en mi pensamiento.

Todos y cada uno de los *Amigos de Buenafuente*, los que han pasado y los que permanecemos, somos iguales; no hay nombres ni historias más importantes que otras. En Buenafuente nadie pregunta tu origen o cuestiona tu asistencia, todos nos diluimos en ese silencio acogedor que invita a la oración. Pero en la historia de este lugar quedarán siempre los nombres de esos primeros *Amigos* que llegaron a lo largo de 1973, que empezaron a hacer posible lo que hoy vivimos y celebramos. Carlos Castro, Olegario González de Cardenal, Jimena Menéndez-Pidal, Carmen Vallina, familia Román, familia Goicolea, familia Arranz, familia Lago, familia Camblor, familia Fernández del Amo, María Jesús Zabala, Maribel Gorostiza, Joaquina Gómez Urbaneja, María Jesús Martín Blas, Marcelina Moreno, María Elena Gómez Moreno, Montserrat del Amo, Joaquina Gómez,

María Esther Cabello, Josie Muntadas, Teresa Cobeñas, la hermana Gracia, agustina, y las hermanas de Santa Ana, Josefina, Concepción, Sagrario y Emilia.

También en 1973 un grupo de *scouts* del Colegio del Pilar de Madrid pasó unos días ayudando en Buenafuente; haciendo las primeras reformas del monasterio o ayudando a las monjas. Esa actividad de “Campos de trabajo” se realizó todos los años hasta 1995 y fue recibida como un soplo de aire nuevo. En 1982, realizaron la primera Cabalgata de Reyes en la noche del 5 de enero, que se haría todos los años hasta el 2001. Ese primer grupo de adolescentes estuvo formado por Vicente Boquera, Javier Carrascón e Ichasi, entre otros, a los que más tarde se unieron Rafa Carballo, Luis Suso, Fernando Paul, Fernando Goicolea, Jacobo Maldonado, Jaime Fernández Caleyá, José Antonio Romero, Bascués, Alfredo Vicent, Miren, Carlos Suso, Fernando López Aranguren, María Jesús Ortega, Piedad Laina, Maricarmen Fraile y Ana Moret. A todos ellos les une cincuenta años de amistad ininterrumpida entre ellos y con el monasterio.

En 1974 Ignacio y Ana Yepes llegaron a Buenafuente con el colegio Estudio, que dirigía Jimena Menéndez-Pidal, para realizar la preparación para la confirmación. Su historia quedó ligada para siempre a este lugar. Al año siguiente fueron a Buenafuente sus padres, Narciso y Marysia Yepes. El nombre de Narciso tiene peso propio en esta historia de Providencia. Él era un músico y guitarrista reconocido como una figura mundial. Desde su llegada a Buenafuente tuvo una conexión especial con Ángel y las monjas, y fruto de su enorme generosidad, el 3 de julio de 1976 dio su primer concierto del “Día de los amigos”, una forma de ofrecer su don para ayudar económicamente a las monjas. Desde esa fecha, hasta su muerte, el 3 de mayo de 1997, no faltó a la cita, que como Marysia indica en el libro de Ángela C. Ionescu “Hasta el final de su vida fue el concierto que él daba con mayor gozo para Dios, para las monjas, para todos los que acudían numerosos a dar gracias en este lugar bendecido por tanto amor recibido”.

Al morir Narciso, su hijo Ignacio, músico también, cogió el testigo de seguir organizando el “Día de los Amigos” hasta el día de hoy, y gran parte de la música que se canta en Buenafuente, La historia hizo que su mujer, Virginia Cagigal, iniciara el proyecto del *Coro de Niños y Jóvenes de Buenafuente*, formado por la tercera generación de *Amigos*, que empezaron a ensayar alguna pieza en la Semana Santa de 2007 y que en el año 2017 dieron al concierto del “Día de los Amigos”. Y hoy, han vuelto a regalarnos su maravillosa ofrenda, en un día tan importante.

Y aquí, guiada por el directo, tengo que pararme un momento, después de lo que hemos vivido esta tarde. Ha sido un auténtico privilegio. No sé si los cantores sois conscientes del regalo que nos habéis hecho. La música acerca a Dios y esta tarde habéis sido su instrumento. No solo por la calidad técnica y musical que habéis demostrado, sino por las sonrisas y la alegría que habéis transmitido cantando. Gracias infinitas, Virginia, porque detrás hay un inmenso trabajo y un tiempo dedicado que no tienes. Siempre eres capaz de sacar lo mejor de cada uno de los que tienes alrededor. Y gracias a los cantores y músicos por su esfuerzo y alegría.

Retomando el recorrido de los Amigos, en este momento quiero detenerme también y nombrar a algunos de esos primeros *Amigos* que están hoy en esta sala. Para que veamos que son reales, de carne y hueso. Berna, su hija Marta, que en 1973 llegó con casi dos años y a la que se le congeló el flequillo del frío que hacía. Esther estaba en proyecto, en la tripa de Berna. La hermana Gracia, la hermana Josefina, los candongos Vicente, Mari Carmen, Chus, Ana, Javier, Carlos, Jacobo, Alfredo. También Marysia e Ignacio y Jaime Bandrés.

Además, esta noche nos acompaña D. José María Izquierdo, periodista, que en 1971 publicó en el periódico *Arriba*, una de las primeras reseñas que se publicaron en los medios de comunicación sobre la “llamada de auxilio” de Ángel.

Desde 1975 hasta hoy, la historia de Buenafuente del Sistol fue prolija en acontecimientos: proyectos ilusionantes, decepciones, rostros amigos que fueron apareciendo. Ángel vio cómo poco a poco florecía Buenafuente, pero fiel a su profunda vocación de servicio y sensible a las crecientes necesidades de las gentes de los pueblos que cada vez estaban más aisladas, y siguiendo otra intuición valiente y novedosa en España, invitó a las hermanas de la Caridad de Santa Ana para que desarrollaran una labor asistencial en la comarca. La idea fue muy bien acogida, y de la mano de la Hna. Encarnación Garnica, Superiora Provincial, el 3 de diciembre de 1977 comenzó la presencia de *las Anas* en Buenafuente, para realizar una maravillosa y necesaria labor entre los ancianos de los pueblos, acudiendo a sus casas. Su ayuda no fue solo material, también alimentaron el espíritu de esos hombres y mujeres de la España despoblada que se apagaban en soledad; les dieron cariño, conversación, escucha, dulzura y alegría, les hablaron de Dios.

En 1985, atendiendo a aquellos ancianos que ya no podían vivir en sus casas y siguiendo otra intuición de Ángel, se fundó en Buenafuente, el “Hogar Asistido”, que estuvo abierto hasta el año 2012. *Las Anas* permanecieron en el Sistol treinta y cinco años. Formaron y forman parte de este lugar. Siempre las recordaremos con inmenso cariño y gratitud.

Siguiendo la cronología, en 1980 se creó la *Fundación Buenafuente del Sistol*, pieza clave para el engranaje de los asuntos jurídicos de todo lo atañe a Buenafuente y cuyo objeto es “Contribuir a la conservación, mantenimiento y desarrollo de la Buenafuente del Sistol”. Sus primeros patronos fueron Ángel Moreno, Jimena Menéndez-Pidal, Carmen Vallina, M^a Elena Gómez Moreno, José Luis Fernández del Amo, Antonio Lago, Leopoldo Arranz, Javier Goicolea, Narciso Yepes, Juan Antonio Aguado y Jaime Bandrés. A lo largo de sus 43 años de andadura fueron presidentes Jimena Menéndez-Pidal, Carmen Vallina, Antonio Lago, Pablo Marín y actualmente lo es Rafael Rubio. Todos ellos trabajaron y trabajan siempre buscando lo mejor para Buenafuente.

En 1991 se aprobó la comunidad de presbíteros diocesanos de Buenafuente del Sistol, *las Eras*, para dar cabida a otra realidad más, la comunidad permanente de sacerdotes que dan soporte a las gentes y sus pueblos de la comarca.

Y así, poco a poco, fueron apareciendo rostros amigos, sumando su historia a los ocho siglos del Sistol y amparándose en la comunidad orante de monjas y en su capellán. Historias de amigos que traspasaron su amistad a sus hijos, que hoy cumplen la tercera generación de amistad. Familias formadas por cuatro generaciones de *Amigos*, como la familia de Carmen y Luis, de Albacete. *Amigos* que hicieron sus votos matrimoniales en la iglesia románica, *Amigos* cuyas cenizas yacen entre los muros del monasterio, *Amigos* que vinieron y no volvieron. Amigos de Albacete, Castellón, Madrid, Valencia, Zaragoza, de todas las comunidades autónomas y de fuera de España.

Quiero recordar también a tantos *Amigos* queridos que ya no están. Sería imposible que yo dijera todos sus nombres sin dejarme alguno. Unos se fueron a edad temprana, otros tras difíciles enfermedades, otros en accidentes. Cada uno de nosotros guardamos su historia, que es la nuestra. Esos *Amigos* forman parte de nosotros y permanecen en Buenafuente del Sistol.

Pero además de relatar los hechos históricos, podemos preguntarnos qué es ser *Amigo de Buenafuente*. No formamos parte de una asociación, no tenemos carné, no tenemos unos derechos y obligaciones escritas. Ser *Amigo* es un sentimiento de pertenencia por historia, por cariño, por agradecimiento, por amistad y sobre todo por fe y vida espiritual compartida. Uno es amigo por el hecho de venir y sentirse como tal.

Todos tenemos nuestra propia historia con este lugar. Cada uno llegamos en un momento vital distinto. Vinimos por voluntad propia o porque otros nos convencieron, vinimos formando parte de un proyecto de familia o de un proyecto de soledad.

Aquí nadie pregunta quién eres ni de dónde vienes. Todo es anónimo y a la vez tiene nombre propio. Cada uno aportamos nuestros dones; silencio, escucha, palabra, el abrazo amigo, consejo, sabiduría, música, voz, conocimientos técnicos, capacidad en la organización, generosidad en el trabajo, generosidad en la cocina, comprensión, dones únicos que se unen formando una historia compartida. Y esa historia está sostenida por siglos de presencia orante, avalada por legajos y documentos que atestiguan lo que ha acontecido durante ocho siglos. Con el arco de entrada, puerta a un románico de ayer pero intemporal, testigo de fe, de vidas consagradas, de sueños, proyectos e ilusiones.

Con frecuencia se tiende a pensar que “el tiempo pasado fue mejor”, y ante los cambios, la evolución y los nuevos retos, podemos tener la tentación de que lo que nosotros vivimos fue mejor y más auténtico. Podríamos pensar lo mismo de Buenafuente; que los primeros y segundos amigos vivieron de una forma más auténtica la experiencia del lugar, desde la austeridad absoluta, la pobreza y el frío. En la memoria queda el barro denso que se pegaba a los zapatos en los días de lluvia, dormir bajo cinco mantas viendo el cielo a través del tejado de la *Acogida* o las noches interminables en la *Conejera*, con las guitarras, las linternas y la estufa de leña.

Pero pensar eso no sería justo, porque cada uno vive lo que le toca vivir, y la historia de los 50 años de los *Amigos*, se ha hecho con los amigos de la primera hora y los de la última, y para cada uno es igual de sagrada su vivencia particular. Entre todos hemos conseguido sumar cincuenta años de historia.

Y esa historia reciente de los últimos cincuenta años, y cincuenta y cuatro desde que Ángel llegó, siempre ha sido incierta y ha estado en manos de la Providencia. Además, no habría sido posible sin **los Amigos que, por vocación, por opción de vida o por trabajo, han vivido y viven aquí**, dando soporte y ayuda logística para que todo funcione. Decidieron permanecer en este lugar y su trabajo se convirtió en algo imprescindible. Están detrás de la logística, la

intendencia, la comunicación, las reparaciones, la limpieza, el calor de la lumbre y los pucheros, buscando siempre la regla de San Benito y haciendo que los muros que están fuera sean una prolongación del monasterio. Sin ellos nada habría sido como es. Nos regalan su trabajo generoso, su buen hacer, sus sonrisas de acogida y pequeños detalles que hacen rincones que invitan al recogimiento. Hoy es día de reconocer su trabajo y dedicación, y así lo hemos hecho esta tarde.

La vida en el mundo rural no es fácil y hoy, menos que nunca. Sólo el que vive en la España despoblada es capaz de sentir en sus entrañas el vacío de las tierras y sus gentes, el abandono de los campos, la dureza de los días largos de invierno y la ausencia de voces amigas. Los años cumplidos y el mañana incierto pesan a veces en soledad.

Pienso en alto y comparto con vosotros, que si los primeros *Amigos* sintieron la llamada de descubrir y permanecer en este lugar y su presencia fue crucial para la historia de Buenafuente, los *Amigos* de hoy tal vez deberíamos sentirnos necesarios para acompañar y sostener a los que aquí viven.

No puedo nombrar a todos nuevamente, porque seguro que me olvidaría de alguno. Y así como antes nombré a los *Amigos* de la primera hora, ahora nombraré a los *Amigos* que permanecen hoy en Buenafuente, en representación y pensando en todos los que pasaron por aquí. Algunos llevan más de cuarenta años. Ángela C. Ionescu, recordando también a nuestro querido Juan, su esposo; Vicente Camacho, Antonio de la Torre y Nieves Garde. Además, viven haciendo comunidad Josefina Perales y Antonio e Isabel.

Y siguiendo nuevamente el directo de lo que hemos vivido hoy, quiero dar las gracias a Mamen Juan por la excelente y riquísima cena que nos ha preparado. Gracias por tantas horas dedicadas, Mamen y por todo el cariño que has puesto al preparar todo. Gracias también a todos los que habéis hecho posible nuestro encuentro en la plaza.

Para terminar, y como parte de estos amigos que dan soporte a lo que aquí acontece, quiero nombrar especialmente a los sacerdotes que han permanecido tiempo en este lugar, encarnados hoy en la figura de D. Manuel Miguel García Sánchez. Pienso que ser sacerdote hoy en día es una proeza, y ser sacerdote rural todavía más. También se merecen el reconocimiento a una labor silenciosa y absolutamente necesaria para la supervivencia y la dignidad de las gentes de la comarca.

Este es mi homenaje a ellos.

En esos pueblos en donde el silencio abrasa los oídos
en los que el susurro del viento es la voz que se escucha
donde permanecen expectantes mayores sin consuelo,
sin las visitas de hijos y nietos que daban fuerza
a sus latidos envejecidos.

En esos pueblos de cadencia silenciosa
esparcidos en comarcas vacías de sus gentes,
doblemente golpeadas y rematadas por
confinamientos y pandemia,
que pronto desaparecerán de los mapas,
que apagarán las pocas luces que aún parpadean.

En esos pueblos de la España vaciada
de la España olvidada por gobernantes,
en donde la tierra se torna salvaje por el
abandono de sus campos,
y plazas y calles son visitadas por la
fauna salvaje, que campa a sus anchas.

En esos pueblos que fueron orgullo de una nación,
que se empeñan en resistir porque los pocos
habitantes que quedan no tienen a dónde ir
o porque se sienten parte de la historia,
enraizados a una tierra que fue bendecida
y no quieren abandonar.

En esos pueblos, endulzando la soledad de sus gentes,
acariciando con palabras sabias y manos que abrazan,
hay hombres buenos que sienten firme su
vocación sacerdotal,
que surcan caminos haciendo kilómetros
interminables, que se desplazan silenciosos
de pueblo a pueblo, sin hacer ruido,
sin que la mano derecha sepa lo que hace la izquierda,
sin copar titulares.

Hombres que van y vienen intentando dar consuelo,
escuchando, enterrando muertos, rezando responsos,
celebrando sacramentos en iglesias vacías,
ayudando en lo que haga falta.

En esos pueblos de carne y piedra real
saben que *el cura* siempre estará disponible,
sin importar la hora, ni el día,
si hay nieve o frío, sin preguntar por qué,
sin que nadie le pregunte a él
cómo se siente en esa misma soledad.
Y esa asistencia permanente es pieza clave
de la dignidad humana de esas comarcas.

Y en esa vocación consagrada,
en ese dejarse la piel por Cristo,
sintiendo la intemperie y la propia soledad
en sus carnes, siendo parte de ese mismo
espacio deshabitado,
es en donde esos hombres sienten la esencia
del amor al prójimo y del mensaje redentor pascual,
que viven con vocación permanente
y generosa entrega, haciendo el bien,
repartiendo esperanza.

Y como sacerdotes que son, y porque sin su comunión con el hecho que estaba sucediendo, no habría sido posible que sucediera, quiero nombrar también a los obispos de la diócesis de Sigüenza-Guadalajara, que hicieron también posible la historia providente de Buenafuente. D. Laureano Castán Lacoma, D. Jesús Pla Gandía, D. José Sánchez González y D. Atilano Rodríguez Martínez.

Queridos *Amigos de Buenafuente*, ¡Hoy estamos de enhorabuena y debemos felicitarnos unos a otros! ¡Es día de acción de gracias y alabanza a Dios! Hoy celebramos los cincuenta años de todos nosotros, porque la historia de los *Amigos* es como el agua de la fuente que da nombre a este lugar, que una vez que brotó, no ha dejado de correr; es una sucesión de rostros y experiencias unidas por la fe, la amistad, el cariño, la generosidad y los dones que cada uno hayamos podido aportar. Nada habría sucedido si Dios no hubiera querido.

La historia de los *Amigos* es historia de confianza, de amistad, de escucha, de consejo, de entrega, de discreción, anonimato, trabajo, alegría, de lágrimas derramadas, de incertidumbre, de soledad, de miedo, de música, de oración contemplativa y oración compartida, de comunión de los santos, de caminos recorridos, de proyectos, de pascuas y encuentros anuales, de noches de luna llena, de peregrinaciones, de viajes, de voces que sonaron y ya no están, de amigos

queridos que se fueron, de niños, jóvenes, mayores, matrimonios, familias, consagrados, sacerdotes... es historia de la vida misma y de la Iglesia; somos cada uno de nosotros.

La historia de los *Amigos* es poesía, en cada mano tendida, en cada abrazo sentido, en cada palabra reconfortante, en cada soledad intuida, en cada mirada cruzada, en cada pañuelo que ha enjugado lágrimas, en el silencio respetuoso, es acogida y acompañamiento, es poesía en la oración, en el encuentro en torno a 800 años de historia de providencia divina, en el tañer de las campanas, el ulular del viento, la lluvia, los pájaros nocturnos, en el discurso del Tajo, vigilado siempre por los buitres, los guardianes del cielo que vuelan libres en su hábitat privilegiado.

Sentirse Amigo es todo eso y lo que cada uno sienta en su corazón, porque muchas veces es difícil encontrar palabras para tanto sentido y vivido.

Querida Madre María, queridas hermanas, querido D. Atilano, querido Ángel, queridos amigos todos, ¡Muchas felicidades! Hoy es un día de alabanza y celebración, de dar gracias por tanto recibido y compartido. Es día de sentirnos historia viva de este santo lugar y de la Iglesia. Que Dios nos siga bendiciendo y que podamos prolongar nuestra historia confiados y siempre en manos de la Providencia.

Muchas gracias.

Sofía Cagigal de Gregorio

Monasterio de la Madre de Dios de Buenafuente del Sistol. Guadalajara.

16 de septiembre de 2023

Las fechas y datos históricos están recogidos en los libros:

- Ángel Moreno de Buenafuente (2019). *Me parece Soñar. Memorias de cincuenta años de ministerio en la Buenafuente del Sistol*. PPC.
- Ángel Moreno de Buenafuente (1995). *Orar desde Buenfuente del Sistol*. PPC.
- Ángela C. Ionescu (2013). *No podemos callar. Memoria de Buenafuente*. PPC.
- Comunidad del Monasterio Cisterciense de la Madre de Dios (1995). *La Buena Fuente del Cister*. Ibercaja.